





# **Cuando suba la marea**



**Cristina Tironi Maté**

Titulo Original: La marea borrará nuestras huellas

Textos de: Cristina Tironi Maté – 2005

Revisado 2010

Edición no abreviada

Portada de: Cristina Tironi Maté

Registro Gral.Propiedad Intelectual N° B-4211-05

ISBN: 978-84-9981-498-8

DL: M-9570-2011

Impreso en España / Printed in Spain

Impreso por Bubok Publishing

A mis padres, que siempre están.

A mi compañero y mis hijas.



**Nota de la autora:**

Los libros necesitan ser leídos para poder respirar. Por eso la señora María Serna, a sus sesenta y cinco años de edad, ha decidido al fin dejar de guardar silencio. A través de las páginas de esta novela, respira la familia y los amigos de María: Sus hijos Manel, Roger y Sofía; Su hermana Antonia; Rosita la planchadora, Angustias y Filomena; Paco el frutero; los anfitriones de Cal Niuet, Eusebio Tabernero, Petra Prieto y Antofñito Sierra; el Sr. Moisés Durillo, propietario de una librería de Barcelona... Son personajes que han sido desempolvados del fondo de un cajón y sonríen agradecidos porque al fin, alguien más conocerá su historia.

Ellos y por supuesto, yo, les damos las gracias.

## 1.- EL FUNERAL

Estaba muerto y ella debería respirar liberada, pero se sentía culpable, porque alguna vez, el pensamiento de matarle se había colado en su mente.

- Infarto.- Le habían dicho en el hospital.

Ahora estaba triste y cansada, era ya demasiado tarde, tarde para todo.

Fijó los ojos en la lámpara que pendía sobre la cama. El globo de cristal tenía una grieta que se había hecho el mismo día que Agustín lo colgó. Nunca había sido muy hábil con el bricolaje e incluso la instalación de una lámpara, representaba para él un terrible esfuerzo. El cristal también estaba tarado, el anciano de la tienda le engañó en el último momento, Agustín era un hombre muy despistado y su atención debía estar en cualquier otro producto o cliente... más bien clienta, que María se hacía la tonta para no discutir, pero no lo era y a Agustín las faldas ajenas le volvían la cabeza del revés. Al final la lámpara no quedó mal del todo, habría desentonado en una habitación moderna y bonita, pero no en aquella, de sinuosas paredes, ventanas desencajadas y muebles discretamente apedazados, comprados en una feria de ocasión. El colchón sí que era nuevo, con eso no dio el brazo a torcer, no quería dormir sobre los sueños de otros, tampoco sobre pesadillas que no le pertenecían, que para eso ya tendría ella las suyas. Así se lo había explicado siempre su madre y así fue a lo largo de su vida. Pequeña, sin ruidos, sin grandes acontecimientos, tan solo silencios, minutos de tranquilidad delante del

serial de la tele, relax en compañía de una amiga con la taza de humeante tisana entre las manos, un beso en la mejilla regalo de la pequeña Sofía, una sonrisa de Manel, un abrazo de Roger... Sus tres hijos.

Pequeños instantes, los más valiosos.

Tenía los ojos irritados de tanto llorar la pasada noche, cuando sus huesos se confundieron con el colchón que habían estrenado la noche de bodas..., la de Agustín y María, a pesar de que él la había hecho a su manera, deprisa y sin contemplaciones... Corría el mes de Marzo de 1954 y como si fuera ayer, recordaba la voz seca del que ya era su marido, “Es normal que te duela”, le dijo. Ella le había mirado con los ojos inundados y ante su imagen borrosa murmuró con labios temblorosos por la intensidad de las emociones, que sí, que suponía que así tenía que ser si él lo decía, pero que quizás podía haber ido con un poco más de cuidado... En realidad esto último no lo dijo, porque María era “una mica bleđa”, como se empeñaba en decir su hermana y únicamente sabía decir que sí o callar. Aquella noche, paseó la punta de la lengua por el labio superior para beber la gotita de sangre que su propio mordisco había hecho brotar. Él no dijo nada en defensa propia, nunca decía nada que pudiera darle la razón al contrario, especialmente a su mujer. Le dio un beso en la frente, como haría un padre condescendiente con su hija. Luego señaló su pubis, convenientemente velado por el largo camisón de blanco algodón y románticas puntas que ella se había apresurado a bajar y le sugirió que fuera a lavarse. Un segundo más tarde, los ronquidos llenaban la estancia. Con el paso de los años, seguía mirando el flamante colchón con cierto rencor, como si le hubiese traicionado. No había valido la pena gastar tanto dinero en aquel nido repleto de agujeros, ya que desde la primera noche estaba dispuesto a dejar escapar por ellos sus inocentes ilusiones.

Mejor habría sido comprar una buena radio que no emitiera frituras, la gran compañera de su vida...

No conseguía imaginar su futuro, no podía pensar en lo que sería de su vida a partir de aquel momento sin Agustín a su lado, con los hijos tan ocupados, rodeada de tantas y tantas cosas que le hablaban de una larga vida de mujer casada, ama de casa, mujer de cabeza baja y corazón fuerte. “Quizás no todas las mujeres son tan tontas como yo lo he sido – pensaba - Las jóvenes de ahora saben lo que quieren y lo que no quieren. No se arrugan delante de unos pantalones, por muy bien que le caigan a su percha”.

*Sábado, 25 de Julio de 1998*

*Selena, es diferente, no creo que sea mala mi nuera, supongo que protege su corazón con la distancia y eso la hace parecer fría. No puedo creer que no quiera a mi Manel, a mi pequeña y frágil Juliette, con aquel nombre tan francés que le puso porque le debía parecer muy chic, como todo lo que ella hace. Mi hija Sofía es diferente, mujer fuerte, inteligente, que ha sacado un buen partido de los estudios que su padre y yo le hemos dado, pero que al mismo tiempo han servido para alejarla de nosotros, tan incultos, tan de la calle que la ha visto nacer, que la avergonzamos a pesar de que ella lo niega una y mil veces. Qué puede hacer una abogada en un piso de sesenta metros cuadrados, sin vistas en las ventanas, sin ascensor para alzarla a su nivel, sin calefacción para calentarse durante las noches de duro trabajo... Nunca nos arrepentimos de darle estudios, es la más inteligente de los tres hermanos y habría sido un crimen no aprovecharlo, pero... demasiados humos, quizás demasiadas alabanzas... Roger es el más listo, no el más inteligente, porque las fórmulas y las*

*letras se escapan de su inquieta cabeza, pero tiene la sabiduría de las gentes de las montañas. Siempre supo lo que deseaba y lo ha logrado.*

María dudaba, era lo que su hijo le explicaba en las cartas llegadas de Francia, tan cerca, tan lejos... Trabajaba con antigüedades al otro lado de los Pirineos con bastante fortuna, según escribía con floridos detalles, no para hacerse millonario, pero sí para vivir holgadamente con Celine y sus hijos, Amelie y Hugo. Celine trabajaba en una boutique de alta costura y su imagen lo delata, siempre tan a la última que invariablemente, después de sus visitas a España, Selena tenía nuevos ataques de impulsivas compras en las boutiques de moda de Barcelona, provocando números rojos en las cuentas familiares... Manel era el que, para su desgracia, más se parecía a su madre. Demasiado bueno, demasiado conformista, ciego de amor por su pareja como para plantarle cara y dejar las cosas en su sitio... Manel, el hijo mayor que parece el pequeño. Roger, el mediano que se ha hecho a si mismo. Sofía, la pequeña, la niña tantas veces deseada, la cuarta, no la tercera, porque antes María sufrió un traumático aborto, un niño menudo, arrugado y amoratado que había nacido ya sin aliento, demasiado agotado de luchar contra su propia debilidad. Sofia se vio favorecida por la desgracia, la “nineta dels ulls” de su padre, la princesita soñada, la mimada de todos y para todo...

Oyó pasos. Sus ojos se descolgaron del techo para buscar la puerta que se abrió tímidamente con una ranura por la que se coló la luz. Puerta gruesa, no por la calidad de la madera, sino por las capas y capas de pintura que la habían engordado con el paso de los años. También

estaba torcida, como las paredes y no cerraba del todo, dejaba pasar el aire, las voces y los ruidos, por suaves que fuesen...

- Juliette.

Susurró y la ranura por la que se colaba la luz creció para dejarle ver la silueta de su nieta, hija de su padre, buena, dulce, tímida... hija de su madre, niña de pies a cabeza, ojos inmensos verde esmeralda, labios carnosos, cuerpo espigado pero algún día lleno de formas, como gusta a los hombres, como a Manel le había atraído el de Selena, tan hermosa por fuera como su pequeña Juliette.

- Juliette, entra.

Repitió un poco más alto. La puerta se abrió del todo y la niña llegó a los pies de su cama dibujando saltitos en el aire. “Tantos lazos – pensaba María – tantos volantes. ¿Cómo podrá jugar?” Selena quería ser encantadora, seductora, elegante... Selena deseaba que su mundo fuera todo así, como un decorado a punto para hacer la foto y todo lo adornaba como si de una fiesta se tratara.

- Juliette, deja a tu abuela que descanse.

Miró la silueta de su nuera recortada en el marco de la puerta y le rogó que le dejara a la niña un rato. Selena quedó unos segundos mirándola, agitó los cabellos recientemente teñidos de caoba cobrizo que hacía resaltar sus ojos gatunos e hizo una mueca con sus labios. Luego, como si acabara de tomar la decisión más difícil del día, le concedió a su suegra el favor de tan grata compañía mientras aprovechaba la tarde para hacer algunos encargos. Al menos una bolsa descansaría más tarde a su lado mientras hilase, con cara de agotamiento, el discurso de los penosos encargos que había debido llevar a cabo.

- Gracias.

Murmuró y mientras la pequeña Juliette se acercaba a la cabecera de la cama, Selena se deslizó suavemente por el pasillo hasta alcanzar la puerta de salida. María la imaginó respirando hondo en la estrecha calle, alzando el rostro en busca de la luz, del cielo azul, del aire.

Miró a su nieta y decidió olvidar que pertenecía a aquella oscura habitación de deformes paredes y ambiente claustrofóbico para centrarse en su pequeña acompañante.

Juliette sonrió y la luz de su rostro liquidó cualquier resto de oscuridad.

Tan sólo hacía un día que le habían enterrado. El funeral había sido silencioso, lento y repleto de rostros extraños salpicando el manto de los familiares, unos queridos, otros no. Agustín había sido una persona difícil de definir. Su carácter repleto de picos y valles se repartía entre dos territorios, el privado más privado y el público. Frases frías, pasos lentos, miradas duras, intolerancia, machismo y desconsideración en el nido matrimonial, beneplácito concedido a la esposa excesivamente buena, apocada por una educación marcadamente religiosa, machista y servil, esposa sumisa, lista para bajar la cabeza y silenciar las quejas y el descontento. Lista para jurarse una y otra vez que en el fondo no era tan malo, que no le levantaba la mano, que no le faltaba el pan, la ropa o un techo bajo el que cobijarse. En el exterior, carácter abierto, carcajada suelta, partidas de cartas y dominó sobre las mesas del café, mano tendida para el amigo o el vecino. Los hijos quedaban a medio camino entre los dos polos. Besos y autoridad, generosa semana y control de salidas y entradas, taxista de turno y examen de las pertenencias de bolsos, mochilas y armarios. Al final de toda una vida, sólo ella había conocido al verdadero Agustín Dalmau, el que no se escondía bajo una apariencia

amable y generosa, al Agustín de carne y hueso, más de hueso que de carne. Sus hijos guardaban un profundo respeto por el padre perdido, habían aprendido a sortear sus malos días, aprovechando los buenos momentos, los instantes de sonrisas y generosidad. Tras las respectivas huidas a sus propias vidas, María se había sentido tan vacía, tan perdida entre aquellas cuatro paredes, que había llegado a cuestionar las razones de su existencia, al final de sus meditaciones, no podía hallar más que tres, tres poderosas razones con nombre propio y vida propia, Manel, Roger, Sofía... Entonces suspiraba con resignación y sonreía frente a su fotografía, la que habían hecho el verano pasado, los tres hermanos juntos en la orilla del mar.

Al final del funeral, estaban todos agotados, pero se reunieron, según la costumbre, bajo el techo familiar. Roger y Celine, partían aquella misma tarde, habían dejado a los niños con sus abuelos maternos y no podían quedarse ni una sola noche. María se había sentido profundamente decepcionada, pero lejos de pedirles que se quedarán con ella, sonrió comprensiva.

- Dadles un beso muy fuerte y abrazarles como lo haría yo. – Celine escuchaba en silencio, tomando nota de tan importante encargo – Decirles que les quiero mucho, que tengo muchísimas ganas de verles.

Roger abrazó a su madre como el hijo afectuoso y cálido que había sido de niño. Lo hizo porque se iba de su lado sin haber tenido ocasión de intercambiar apenas unas palabras y se sentía culpable. Su lejanía no le impedía comprender que estaba siendo un poco egoísta, había muerto su padre, pero él tenía su propia familia junto a él, esposa e hijos para llenar los días y las largas noches. Su madre había perdido al compañero de su vida... Allí quedaba en un piso desolado, las manos vacías, el corazón

hueco, la memoria repleta de mil imágenes, el convencimiento de que la vida ya no podía ofrecerle grandes cosas, no había un futuro por el que luchar, un marido al que servir, unos hijos a los que cuidar, educar y hacer crecer. María miraba a su nieta Juliette, al menos estaría a su lado para verla crecer, ya que no podía ver a los tres. Creía firmemente que a partir de entonces simplemente existiría para ayudar a los hijos en lo que necesitaran, lo demás quedaba en la penumbra, ganchillo frente a la tele, ganchillo junto a la radio, una ollita en el fuego y la nevera, tan pequeña durante toda una vida, de repente enorme, desproporcionada, vacía y fría como ella se sentía en aquellos duros momentos. Roger la abrazó con fuerza porque sabía todo eso y comprendía, a pesar de que lo hacía con las llaves del coche en la mano, que debía quedarse junto a su madre, que Celine podía irse sola con los niños y él podía quedarse tres días, dos, quizás tan solo uno, pero quedarse junto a ella en aquella dura experiencia.

Les acompañó hasta la puerta y cuando besó sus mejillas, no pudo evitar que sus labios temblasen, como si aquella fuera una despedida definitiva, como si en aquella terrible tarde debiera despedirse de todos sus seres queridos. Roger paseó la mano por su mejilla y le aseguró que la llamaría.

- Estaré esperando.

Murmuró, pensando que no era necesaria aquella promesa, no podía imaginar ni por un momento que al menos durante las primeras semanas, no iban a estar en contacto.

- Si necesitas cualquier cosa...

- No te preocupes, tus hermanos están más cerca.

Sofía se fue a la media hora, tenía un importante juicio que preparar y no disponía de mucho tiempo para hacerlo. Le apuntó un

número de teléfono en un papelito que rasgó de una carísima agenda de piel. Su madre la observó sorprendida.

- Llámame si necesitas cualquier cosa por favor.

Miró aquellos números inclinados sin acabar de comprender. Tenía el teléfono de su apartamento, el del móvil y también el del despacho.

- No te preocupes, concéntrate en tu caso, yo estaré bien.

María, como tantas madres, poseía un don y no siempre necesitaba que sus hijos le expresaran sus inquietudes. Aquel día estaba especialmente receptiva, los ojos de Sofía brillaban de una forma diferente y comprendió que sí que tenía trabajo, pero que la urgencia la creaba ella al necesitar sumergirse entre leyes para aliviar su dolor y que un buen compañero al lado sería mayor consuelo que el ambiente que se respiraba en el oscuro piso. No la iba a llamar, Sofía era independiente, un ser libre que se ofrecía por obligación pero le molestaban las interrupciones. La pequeña princesa mimada estaba realmente afectada por la muerte de su padre y en su dolor era incapaz de comprender donde quedaba su madre. Desierto en la piel, glaciar en el corazón, infierno en la mente. Sofía necesitaba todas sus energías para concentrarse en si misma, siempre había sido así. Se sentía hundida y el trabajo era su mejor antídoto para el dolor, se sentía sola y la pasión llenaría el vacío.

Manel también se fue, Selena estaba terriblemente agotada por los nervios y aquel ambiente no era el más adecuado para una niña sensible como Juliette. Él le pidió a su mujer que se retirara sola, deseaba hacerle un poco de compañía a su madre, esperar a que el resto de los asistentes se retiraran, ayudarle a recoger y esperar a que la fatiga pudiera con el dolor. Pero Selena le abrazó misteriosamente, como ella solía hacer cuando deseaba salirse con la suya, habló entre susurros en su oído y luego recostó la cabeza sobre su hombro, los ojos cerrados, el ceño

fruncido. La niña miraba a su madre con seriedad, pero permanecía junto a su abuela, cogida a sus piernas enfundadas en negras medias, a pesar de estar viviendo un tórrido verano. Deslizó la mano por la angelical cabeza y habló muy segura de sus palabras, para no dar opción a réplica y no agotarse más en una absurda discusión que de antemano tenía perdida.

- Selena parece realmente cansada Manel, ve con ellas. Yo estaré bien.

No quedó a merced de sus fantasmas, su hermana Antonia sentenció que se quedaba y ella asintió. No deseaba estar sola aquella primera noche y sus hijos no estaban allí como hubiera deseado. Se dejó caer en el butacón orejero en el que Agustín se sentaba para ver la televisión, leer alguna revista o simplemente fumar sus pitillos o puros. Era cómodo, mucho más que la silla de anea en la que María hacía ganchillo frente a la ventana, para aprovechar la escasa luz. Paseó la palma de sus manos por el gastado terciopelo y pensó que necesitaba con urgencia una buena funda.

- La haré de ganchillo. - Murmuró sin darse cuenta.

Antonia la miró sonriente, como si estuviera delirando. El sol ya estaba muy bajo, la penumbra empezaba a ganar la partida y como si ésta marcara el final de la reunión, desconocidos, vecinos, amigos y parientes se fundieron en un baile de despedidas que la agotada viuda observó como si una vitrina la separara de ellos. Parecieron comprender su mutismo, su inexpressión, todos asentían compungidos e intercambiaban unas afectuosas palabras con Antonia, que de pie junto a ella, hacía las funciones de anfitriona. Al fin, el silencio y con él la paz. Miró a su alrededor y se preguntó que había pasado con las bandejas de bocadillos,

con los pastelitos, con las botellas de refrescos que había dispuesto sin demasiada fe, sobre la mesa del comedor.

- No habrán comido. - Volvió a murmurar.

Antonia hizo además de ayudarla a levantarse, pero María le rogó que la dejara unos minutos a solas, que apagara la luz y abriera la puerta del balconcito para que entrara un poco de aire nuevo y se fueran los olores de cigarros, colonias, perfumes y sudor, que se fueran las voces que pudieran haber quedado prendidas de las cortinas, los muebles, las paredes. Todo fuera, sólo ella y su sillón orejero que forraría con urgencia para borrar las huellas de Agustín, que se había ido al fin, pero demasiado tarde ya, demasiado tarde para dejarle un trozo de vida aprovechable. Antonia la miró con los ojos muy abiertos, como si desconfiara de su estado mental, pero volvió a rogarle, a suplicarle que la dejara unos instantes a solas consigo misma, sin nadie más. Sola.

- No ha sufrido.

Dijo Antonia de repente, como si pensara que necesitaba unas palabras de consuelo, como si creyera que en el fondo, lo que su hermana esperaba de ella era un discurso consolador.

- Yo sí. Mucho y supongo que no dejaré de hacerlo, que no tiene remedio, pero quizás lo intente, a pesar de lo tarde que es ya.

- No son más que las ocho.

¿De qué estaban hablando? Intercambio de palabras, de sonidos guturales, chasquidos de lenguas para matar los silencios. ¿De qué hablaban? “Son las ocho”, había dicho y María pensó que las ocho no era ni pronto ni tarde, cuando no hay nada que hacer, cuando no hay ningún horario que cumplir, cuando no hay obligaciones llamando a la puerta. Las ocho. ¿Y eso que significaba? Le daba igual los números que

señalaban las agujas del reloj, tenía el suyo interior y le indicaba que era demasiado tarde ya.

- ¿Las ocho?

Antonia afirmó como si con la pregunta se hubiera logrado tapar el negro agujero en el alma de la desafortunada y se animó a proseguir con el absurdo diálogo.

- Sí, ¿quieres que te prepare algo para cenar?

María miró de nuevo la mesa y señaló los restos.

- Mi estómago está cerrado, sírvete tú si quieres, ellos lo han hecho.

No comprendió del todo el significado de sus palabras, pero no se rindió.

- ¿Una tila?

La miró de nuevo, tomó su mano y la obligó a sentarse junto a ella, en la silla de anea.

- Silencio, dame en silencio tu compañía y luego me retiraré a descansar.

Durante las primeras semanas que siguieron al funeral de Agustín, el estado de ánimo de María se repartió entre una profunda tristeza y una placentera sensación de paz. El primer estado era duro de soportar entre aquellas oscuras paredes empapadas de toda una vida y durante sus indagaciones por los pozos de la desesperanza, Antonia, que había decidido instalarse en la habitación de Sofía hasta que el estado de su hermana denotase una clara mejora, la miraba con preocupación. No sabía muy bien como dirigirse a ella, ya que María se encargó personalmente de ponérselo realmente difícil. Mordía, la angustia le hacía morder la mano que le era tendida con generosidad, pero no era sólo por la pérdida del

esoso, mordía a Antonia porque ella no era Sofía, no era Manel, no era Roger. Su soledad era más dolorosa ante la huida de los hijos y Antonia pagaba las consecuencias de su rabia. Roger cumplió su promesa, llamaba cada noche desde el país vecino. La conversación seguía siempre el mismo orden, le preguntaba por su estado, si dormía, si comía, le preguntaba si estaba sola, le preguntaba por sus hermanos y tras el interrogatorio, en el que María invariablemente mentía, pasaba a informarle sobre sus pequeños. Amelie, que ya había cumplido seis años y Hugo, que tenía tres y se dedicaba a romper todo lo que se cruzaba en su camino. La ponía al día sobre las preocupaciones de Celine respecto a su estado y concluía con la buena marcha de sus negocios de antigüedades. Le gustaba oír la voz de su hijo, a pesar de sentirla lejana y deforme a través del auricular, él no tenía la culpa de vivir tan lejos y de tener tantas obligaciones que atender.

Sofía acudió todos los atardeceres durante la primera semana, lo cual representaba para ella un gran esfuerzo, ya que desde hacía dos años, había comprado un apartamento en Barcelona para facilitar su trabajo y su independencia. Entraba en el piso de su madre con su cartera bajo el brazo, clara representación de las horas de trabajo que aún le quedaban por delante y se sentaba en la vieja silla de anea mientras su madre se afanaba con la funda de ganchillo para el reconquistado sillón orejero. Apenas hablaban, hacía ya mucho tiempo que no sabían muy bien que decirse, todo en ellas era tan diferente y la comunicación natural, hecha de sentimientos, de aliento, de la corriente afectiva que une a madres e hijas, hacía tanto tiempo que había sido congelada, que les resultaba difícil hablar con espontaneidad. Sofía movía sus manos en exceso y María ocultaba sus nervios entre rápidas pasadas de hilo y ganchillo, la mirada oculta, el alma bajo los pies. Antonia se retiraba durante esas visitas,

convencida de que tendrían mucho que contarse y aprovechaba para salir a respirar un poco de aire puro. Al final se daban un beso y se abrazaban con una fuerza real, como si trataran de decirse así todo lo que no les salía en palabras. María la miraba a los ojos y acariciaba su mejilla, pensando en lo bonita que era y en lo hermoso que sería poder entenderse. Luego la dejaba marchar. Sus tacones repicaban con rapidez y fuerza por el pasillo y un rastro de carísimo perfume quedaba como testimonio de su estancia. A partir de la segunda semana, empezó a distanciar sus visitas sustituyéndolas por rápidas llamadas.

- ¿Qué tal estás mamá?

- Mejor hija, voy aceptando la ausencia de tu padre.

- ¿Quieres que venga?

- No es necesario, debes tener mucho trabajo y yo debo acostumbrarme a la soledad.

No intentaba recriminarle nada, sólo le decía lo que pensaba, porque le resultaba mucho más sencillo hacerlo sin su imagen de eficiente abogada frente a ella, más fácil ver a la hija a través de su voz y olvidar que tenía una cabeza tan repleta de leyes que apenas había lugar para cálidos sentimientos.

- Bien, si necesitas algo me llamas.

Manel acudió a visitarla al día siguiente con sus mujeres, como a él le gustaba decir con gran satisfacción. Se sintió protegida por los suyos y hasta se atrevió a pensar que iban en su busca. Pensó que la llevarían en volandas a su piso para cuidarla, al menos durante aquellos dolorosos días en los que Agustín parecía aun de cuerpo presente. Se equivocó y recordó cuantas veces su marido le había dicho con un tono lejano a la broma, que su cabeza era como la de una niña, llena de tontas fantasías.

Manel había hecho un hueco en su agenda para traerle a Selena y Juliette, pero él debía continuar con su jornada laboral.

Selena empezó a evidenciar su aburrimiento en el mismo instante en que la puerta se cerró tras su marido. María se sintió incómoda y aseguró que necesitaba estirarse un poco. No le dijo que podía irse si lo deseaba, porque la conocía y pensó que le daría a sus palabras el matiz necesario para volverlas en su favor.

- Me siento un poco mareada, voy a estirarme un poco.

Juliette miró a su abuela con tristeza. Su madre se sentó en el sillón orejero bajando la cabeza como si necesitara ubicar la mirada en el lugar exacto. En realidad estaba ocultando su rostro.

- Esperaremos a que llegue Antonia.

María se retiró a su habitación aliviada por la intimidad que le ofrecían aquellas cuatro paredes. Después de aquel día, su hijo fue a visitarla a menudo, a veces solo, a veces con Juliette, que era el mejor sedante para ella. Él se sentaba en una silla cualquiera, la niña corría a acomodarse en el regazo de su abuela y apoyando su cabecita en su pecho, le recordaba lo mucho que la quería, se prodigaba con besos y caricias que invariablemente le hacían brotar lágrimas de emoción y luego corría a registrar el antiguo baúl repleto de recuerdos, fotos, cajas, cintas de pelo... Nadie más podía profanar su cofre del tesoro, solo la pequeña Juliette con su cándida inocencia, con su nutrida imaginación alimentada por los cuentos que devoraba. Manel trataba de frenar sus incursiones, pero María la dejaba hacer, feliz de ver su pasado en tan dulces manos. Selena no apareció en varias semanas. No se sentía bien, aseguraba él

- La muerte de papá la ha afectado mucho.

María asentía, benévola con la bienintencionada mentira. Conocía a su nuera y la imaginaba leyendo tumbada sobre la cama, sentada frente

al televisor o disfrutando del verano con alguna amiga en una terraza de una cafetería o en un salón de belleza.

A finales de Agosto, Antonia hizo su equipaje y se fue a su casa en Barcelona. María estaba mejor, sus ataques de tristeza se iban viendo ganados por la serenidad, ya no le brillaban los ojos bajo las lágrimas, ni le temblaban los labios ante un repentino recuerdo. Sus manos habían trabajado cada vez con más firmeza y la funda del sillón orejero ocupaba ya su lugar. En los últimos días, las dos hermanas habían salido a pasear después de la cena, hablando al fin con la franqueza que requería el momento. María se sentía muy agradecida por la dedicación de su hermana y sabía que le debía un poco de sinceridad tras tantos días de sequedad, después de tantos años distanciadas por... Agustín. María sabía cosas y quizás aquel era el mejor momento para sacarlas a la luz.

- No está bien que lo diga, pero me alegro de que esté muerto.

Las palabras resonaron entre los callejones y comprendió lo terribles que eran, lo negras que resultaban al chocar con el aire, - “mejor no decir las cosas cuando nuestros pensamientos son tan fríos y duros”- Sin embargo su hermana pasó el brazo por su cintura y la atrajo hacia sí. María la miró y supo que la comprendía, que podía confiar en ella a pesar de lo poco que se habían visto y relacionado desde su salida de la casa paterna, sujeta del brazo de Agustín.

- No está bien que lo diga, pero yo me alegro de que no esté entre nosotras, me da igual muerto o vivo, pero lejos.

Antonia se había casado con Carlos, el amiguito de juegos de la infancia, pero el destino quiso arrebatárselo en las primeras mieles. Antonia sí había vivido un duro luto interior, no exterior, porque nunca

vistió ni un pañuelo negro en memoria de Carlos y cuando logró salir de la oscuridad, decidió vivir como mujer libre e independiente. Abrió una mercería en su barrio y repartió su vida entre madejas de hilos, botones y cintas, partidas de cartas en la salita de turno y salidas al cine o al teatro, cuando no era un viaje con su grupo de amigas. María siempre había envidiado su vida independiente y eso la alejó de ella, tanto como el propio Agustín, quien temía que su sumisa esposa pudiera contagiarse de la libertina cuñada. Eso era para él su cuñada y María llegó a imaginar a su hermana de brazo en brazo por las calles de Barcelona, sin suponer que el odio de Agustín por Antonia, provenía del enfrentamiento que habían vivido muchos años atrás, cuando María, agobiada por los embarazos, los niños y la casa, se mostraba muy poco dispuesta a soportar las caricias nocturnas. Él se había acercado a Antonia, siempre tan arreglada, con su buen tipo intacto y su fama de mujer moderna y había intentado confraternizar más de lo debido. María lo supo por él, que mencionaba su nombre entre sueños y que despierto, la trataba con despecho.

- Pasó hace muchos años, pero sé lo que ocurrió.

Murmuró María. Antonia detuvo sus pasos, apretó su mano en su cintura y la miró con temor.

- ¿De que hablas?

- Sé como era, le volvían loco las faldas, a pesar de ser un orangután en la cama y sé que también contigo lo intentó, que le rechazaste y que por eso hemos estado todos estos años separadas, como si hubiéramos hecho algo terrible, como si la guerra fuera entre nosotras.

Se fue aquella misma semana, pero aquella separación fue en realidad un reencuentro en el otoño de sus vidas. Antonia reabrió su mercería a principios de Septiembre y le rogó a María que dejara el

claustrofóbico piso del casco antiguo de Martorell, le pidió una y mil veces que se trasladara a su ático de Barcelona, pero ella se negó con tozudez. A pesar de todo, no podía dejar a sus hijos y a su nieta, que podían necesitarla y a quienes por supuesto, no podía fallar.

